
POSTALES GEOPOLÍTICAS DE RUSIA

ALBERTO HUTSCHENREUTER *

A poco de completarse dos décadas del siglo XXI y a casi 30 años del final de la Unión Soviética, la Federación Rusa, el “Estado continuador” de la desaparecida potencia mayor que por medio siglo contendió con Estados Unidos por la predominancia estratégica mundial, se ha resignificado estratégicamente en un mundo incierto que, hasta el momento, no ofrece prácticamente ningún indicio o respuesta sobre su futuro, como acostumbraba decir Gógol sobre Rusia.

* Doctor en Relaciones Internacionales (USAL). Posgrado en Control y Gestión de políticas Públicas (FLACSO). Fue profesor titular de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Aérea. Ex profesor en la Universidad de Buenos Aires. Ex Director de la Cátedra Eurasia en la Universidad Abierta Interamericana. Profesor en la Magístratura en Relaciones Internacionales en la Universidad Abierta Interamericana. Director del medio Equilibrium Global (2012-2016). Autor de los libros: “La política exterior rusa después de la guerra fría. Humillación y reparación” (2011). “La gran perturbación. Política entre Estados en el siglo XXI” (2014). “El roble y la estepa. Alemania y Rusia desde el siglo XIX hasta hoy” (2016, escrito con el doctor Carlos Fernández Pardo). “Horizonte incierto. Reflexiones sobre el presente de la política mundial” (2018). Coautor del libro “Debate Internacional. Escenarios actuales” (2014). Su próximo trabajo, de pronta publicación, se denomina “Rusia roja 1917-1991. Anotaciones sobre un derrumbe”.

Dicha resignificación sólo fue posible cuando el centro o liderazgo político regresó a patrones de cuño tradicional, es decir, recuperó el poder que durante la década de 1990 fue arrebatado por “hombres con dinero que manejaron a hombres con poder”, como decían en Europa. Así, Rusia abandonó cualquier concepción y práctica externa ajena y comprometida, es decir, dejó de lado cualquier propensión a esperar reciprocidades estratégicas por parte de su ex contendiente, y, finalmente, desplegó una política exterior de afirmación y amparo del interés nacional.

Uno de los componentes que más influyó en esa reconcentración del poder fue el “factor geopolítico”, factor que, una vez más, fue avivado desde afuera. Ello implicó una respuesta vigorosa por parte de Rusia, algo que no puede causar sorpresa, pues si algo no ha tenido este actor del orden interestatal en sus diferentes fases históricas, fue una “concepción “Potemkin” en materia geopolítica, es decir, una concepción sumisa, complaciente e inerte, sino real, vital y contundente en relación con el amparo de su singular territorio-continente e incluso “continente-continental”.

De modo que, más que con el regreso, con la “recuperación de la geopolítica” –porque en algún momento Rusia se comportó como un actor que pareció desatender la geopolítica– hoy el país reúne algunas particularidades más propias de su ciclo zarista que soviético. Concretamente: concentración de poder, política externa activa, tendencias eurasiánistas y acumulación militar, entre otras características. Si bien varias de estas características formaban parte de la Unión Soviética, la ideología totalizadora hacia dentro y en clave irreductible frente a otros actores hacia fuera no es hoy una cuestión central como lo fue desde 1917 y desde 1945 respectivamente. En cuanto al uso de la inteligencia y el espionaje, los mismos recursos u activos de poder han sido propios tanto bajo el zarismo como después de 1917, y lo son de todo actor que promueva y defienda el interés nacional.

Acaso la elección del título de este breve trabajo no es del todo apropiada, pues sabemos que la geopolítica implica quehacer político sobre espacios geográficos con fines asociados a afirmar y amparar intereses nacionales e incrementar el poder nacional, es decir, es una combinación de política, espacio y dinamismo, y una “postal” implica algo fijo. De todos modos, consideremos dicho vocablo a manera de “imágenes” del territorio, pues si hay algo fijo en Rusia, es el valor que concede este actor al territorio desde el interés político, como veremos más adelante.

Geopolítica hacia fuera, geopolítica hacia dentro, Rusia despliega políticas que asocian interés político con territorio, orientadas a evitar la afirmación de fuerzas centrífugas y centrípetas que puedan llegar a desestabilizarla, al tiempo que proyecta poder allende sus fronteras. En otros términos, y más allá del debate sobre su verdadera fortaleza, en todas las direcciones Rusia es un actor decisivamente geoestratégico, como lo son todos los actores preeminentes del orden interestatal cuya concepción de poder y territorio es local, regional, continental, mundial y sideral.

Pero acaso lo que distingue a Rusia de los demás es su sentido geopolítico más “defensivamente” desarrollado, producto de la necesidad de afrontar avances externos (desde prácticamente todos los puntos cardinales), derrotarlos y, eventualmente, consolidar conquistas y extenderse. Para para algunos expertos, ese “contratiempo” de orden territorial, que apremió a Rusia desarrollar y agudizar un singular sentido político-territorial, determinó que el extenso país se quedara rezagado frente a los cambios que tuvieron lugar en Europa durante la modernidad. En breve, como muy bien sostiene Henry Kissinger (2016: 61): “[...] Rusia había aprendido geopolítica en la dura escuela de la estepa, donde una variedad de hordas nómadas peleaban por los recursos en un territorio abierto con pocas fronteras fijas”.

Con lo que podemos denominar “geopolítica de proyección”, hoy Rusia ha completado lo que tradicionalmente, tanto a nivel interno como externo, ha caracterizado al país desde el siglo XVII, esto es, concentración de poder, afirmación del Estado, acumulación militar, influencia regional y capacidad contraofensiva de defensa.

La geopolítica de proyección representa el quinto estadio o ciclo geopolítico de Rusia desde el fin de la Unión Soviética, cuando la Federación Rusa surgió como “Estado-continuador” del ex poder mayor del siglo XX. Pero dicho ciclo es reciente: comenzó en 2008, con los sucesos en Georgia, y mantuvo un carácter ascendente hasta hoy. En los términos de la disciplina que nos ocupa en este trabajo, bien podemos decir que con los sucesos de 2008 en el Cáucaso “Rusia volvió a ser la Rusia de siempre” tanto en concepción como en acción, si bien hacía tiempo que había modificado su concepto “pro-sentimental” del mundo en relación con el actor (Occidente, esto es, Estados Unidos) que desplegaba sobre ella políticas orientadas a lograr ganancias de poder y mantenerla en un segmento lateral del orden interestatal.

Antes de este nuevo período, Rusia transitó diferentes ciclos geopolíticos, cuyo primer ciclo fue sin duda el más curioso, sobre todo si consideramos que tanto la geopolítica en tiempos del zar como en tiempos soviéticos fue, más allá de las situaciones o resultados, de cuño realista, es decir, como dijimos, que mantuvo con el territorio una concepción y práctica real, vital y contundente; no una concepción y práctica suave, complaciente o dibujada.

El ciclo de “geopolítica Potemkin” fue, en efecto, una “geopolítica pincelada”, como aquellos “campos” no reales preparados por el militar Grigori Potemkin para solaz de la zarina Catalina la Grande (1762-1796) en sus recorridos por las aldeas rusas en la segunda mitad del siglo XVIII.

Dicho ciclo geopolítico, o más apropiadamente “anti-geopolítico”, predominó entre 1992 y 1995, cuando la dirigencia del nuevo país consideró que toda cuestión que pudiera implicar un obstáculo en la “nueva relación” con Estados Unidos debía ser dejada de lado. Entonces, la consideración geopolítica prácticamente desapareció en Rusia, por caso, se desestimó totalmente la posibilidad de mantener mínimos de presencia en Europa central, descartándose así toda perspectiva de mantener un relativo “balance geopolítico” tras la reunificación de Alemania, hecho trascendental que se llevó rápidamente adelante siguiendo el patrón político-estratégico atlántico: unidad bajo términos de la República Federal de Alemania, es decir, de Occidente, y retiro de fuerzas soviéticas del este del territorio incorporado.

De manera que durante la década de 1980 hubo dos renunciamientos geopolíticos relevantes que anticiparon cambios de escala en el centro de poder oriental: la no aplicación de la “Doctrina Brezhnev”, es decir, el disciplinamiento militar del Pacto de Varsovia en todo aquel país del bloque que intentara orientaciones independientes, entonces Polonia; y hacia el final de esa década, el renunciamiento a mantener presencia en la Alemania del este (o en algún otro país este-europeo). Este hecho habría implicado reparos cuando Alemania se unificó en 1990: habría sido un factor de moderación o balance geopolítico cuando finalmente sobrevino la derrota, la caída de la URSS y la OTAN inició la marcha al este (porque la unificación de Alemania, en los términos en que finalmente se dio, constituyó “la primera ampliación” de la Alianza Atlántica).

Aquella “Rusia que no era Rusia” (Hutschenreuter, 2011: 163) dejó de lado la primacía de los intereses nacionales al hacer tabula rasa con el orden interestatal de rivalidad prácticamente irreductible que había caracterizado al mundo de bloques desde 1945 (e incluso desde 1917), para llevar hasta

límites casi extremos aquel concepto denominado “nuevo pensamiento” con el que Gorbachov pretendió sustentar su enfoque externo.

En cierta medida, la Rusia de principios de la década de 1990 todavía creía que entre ambos actores, ex rivales, podían continuar “cogestionando” los problemas y temas globales, como sucedió de modo más visible durante la década de 1970, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética establecieron a escala global un “condominio geopolítico”; pero se trataba de “su visión”, una visión basada en que “Rusia y Estados Unidos derrotaron al comunismo soviético”, no la del ganador de la contienda, que en ese momento, derrotado y desaparecido el enemigo, se disponía a iniciar un ciclo de soledad y predominancia geopolítica, un ciclo que el propio presidente Yeltsin, cuando cayó el velo de la “Rusia emotiva”, lo asociaría a “una Yalta sin Rusia”.

No obstante, esta situación casi “anti-geopolítica”, que significaba una Rusia notablemente anémica, Moscú mantuvo ciertos “reflejos geopolíticos” en el espacio de las ex repúblicas soviéticas, sobre todo en aquellas que buscaron alejarse de todo espacio en el que estuviera Rusia, por ejemplo, la Comunidad de Estados Independientes, sobre todo donde habitaban minorías rusas: Georgia, Moldavia, Ucrania, Letonia, etc., países que supusieron que la desintegración de la URSS significaría para ellos un ascenso geopolítico (Poch, 2003: 245).

En breve, se trató de un ciclo geopolítico extraño, pues, por un lado, Rusia abandonó toda consideración de cuño realista hacia fuera, al punto de desestimar intereses nacionales propios o, peor aún, casi confiarlos en otros, pero, por otro lado, hacia dentro practicó técnicas de poder propias del realismo más ofensivo.

Hacia mediados de la década de 1990, Rusia comprendió que su concepción y práctica externa romántica no sólo no era correspondida por parte de Washington, sino que Estados Unidos “rentabilizaba” ganancias de poder ante Rusia, e incluso desde influyentes “tanques de ideas” se sugería que para que el vasto espacio ruso fuera “más administrable” era necesario fragmentarlo, algo que, de haberse concretado, hubiera implicado no un impacto geopolítico más para el país, sino el seísmo geopolítico terminal para Rusia como Estado.

Bajo la dirigencia de Evgueny Primakov, durante la segunda mitad de esa década, Rusia cambió casi 180° su discurso frente a Occidente, aunque no su práctica: por ello un especialista habló de un giro de sólo “90 grados”

(Aron, 1998: 30). Pero nada modificó los planes de Occidente de continuar desplegando iniciativas de prevención geopolítica ante lo que más tarde o más temprano sucedería según Occidente: una geopolítica revisionista por parte de Rusia más allá del “extranjero inmediato”, es decir, una Rusia que continuaría vinculando poder, dominación y expansión.

Hubo entonces en Rusia una “geopolítica de la impotencia”, esto es, una concientización en relación con que Estados Unidos nunca había dejado de practicar política de poder ante Rusia, pero insuficiencia en cuanto a posibilidades de contestaciones efectivas o alteraciones en “la relación de fuerzas”.

El citado experto sostuvo que durante este nuevo tiempo hubo en Rusia una forma de reproducción del “gaullismo”, es decir, una toma de distancia, desmarque y búsqueda de un lugar propio ante Occidente, como lo hizo el estadista francés en la década de 1960; pero la Rusia de mediados de la década de 1990 sólo podía hacerlo retóricamente. Al igual que Stalin con la Unión Soviética a partir de 1945, cuando el victorioso país se hallaba verdaderamente debilitado por el enorme esfuerzo (Ulam, 1985: 12), Charles De Gaulle supo “ensanchar” el poderío de Francia e incluso retiró a su país del comando militar de la OTAN. La Rusia de Yeltsin nunca hubiera podido agrandar un poder seriamente afectado por el tremendo esfuerzo de casi cuatro años guerra total. No había forma. Tal era la postración, entonces, que el propio presidente Clinton sostuvo que “las posibilidades que tenía Rusia de influir en la política internacional eran las mismas que tenía el hombre para vencer la ley de gravedad”.

Pero, como se sostuvo, donde no hubo retórica fue en el espacio soviético, aun bajo el estado de debilidad de Rusia. Quizá más como reflejo o rémora geopolítica que como acción premeditada. Allí, donde existía una suerte de “Doctrina Monroe” en clave rusa, esto es, “el ex espacio soviético debe estar libre de injerencias extranjeras”, Rusia obtuvo ganancias de poder desplegando desde técnicas de “chantaje” hasta lo que se conoce como divide and rule, pasando por la cooperación económica, etc. Incluso recurrió al arrasamiento militar en Chechenia, dejando en claro que cualquier intento de fraccionamiento territorial en el espacio de la Federación no admitiría contemplaciones desde el centro.

Con el arribo de Putin al poder en el año 2000, se inició un tercer ciclo geopolítico en Rusia: el “ciclo de afirmación”. Afirmación de intereses hacia dentro y afirmación de intereses hacia fuera, es decir, una política dirigida a “domeñar” a los poderes fácticos predominantes en tiempos de Yeltsin y, a

partir de dicho ordenamiento, una política destinada a reparar y reafirmar a Rusia ante las ganancias de Occidente a su costa durante la década de 1990, y los intentos de continuar rentabilizando la victoria en la Guerra Fría.

El ordenamiento interno, para lo cual el precio de las materias primas del país resultaron vitales hasta bien entrada esa década, fue clave para obtener reparación hacia fuera. En agosto de 2008, Rusia recurrió a la técnica de poder más riesgosa: la guerra. Pero más allá de ello, Georgia implicaba geopolíticamente una de las líneas rojas que Rusia no estaba dispuesta a dejar vulnerar. Dicho espacio activaba necesariamente la “geopolítica perpetua”, esto es, el movimiento contraofensivo de defensa al que recurrió Rusia cada vez que se aproximó peligrosamente un actor externo a sus zonas de interés mayor.

Cabe destacar que este último concepto nunca implicó nunca una posición estática; por el contrario, implicó una posición activa y preventiva, y generalmente exitosa cuando Rusia la aplicó dentro de su esfera de influencia; no así cuando fue más allá de dicha esfera, por ejemplo, Afganistán.

Por último, el ciclo geopolítico de proyección es el que tiene lugar actualmente, y su punto de partida es Siria, donde por vez primera Rusia proyectó capacidades más allá de su espacio próximo de ascendencia.

La proyección de poder hacia Oriente Medio es indisociable de la posición de fuerza de Rusia en Ucrania y en el Mar Negro, pues ambos posicionamientos implican un viejo propósito geopolítico de Moscú: afirmar intereses en el Mediterráneo centro-oriental.

Aunque dicha proyección de poder es más ambiciosa y está orientada a ser global, es decir, está dirigida a vincular a Rusia con múltiples actores sin importar la ideología que mantengan o impulsen. En alguna medida, esta búsqueda o expansión de intereses y vínculos a escala global, que algunos expertos en términos de “imagen geopolítica” han denominado *Russian world* (Laruelle, 2015), recuerda la estrategia soviética de fines de la década de 1950 y principios de la década siguiente, cuando el Kremlin decidió expandir vínculos internacionales “saltando” o soslayando categorías ideológicas, esto es, sin considerar si los actores con los que estrechaba vínculos eran afines a la entonces Unión Soviética, por ejemplo, Egipto, pero cuyos regímenes eran funcionales para Moscú por sus reservas ante Occidente y sus requerimientos tecnológicos.

Pero antes de continuar con estos ciclos que explican los enfoques geopolíticos de Rusia entre 1991 y 2018, particularmente el ciclo de reafirmación

de intereses nacionales, consideremos más específicamente la relación de Rusia con la geopolítica, porque es esta disciplina la que casi nos permite describir históricamente a este singular “país-continente”, para usar en forma apropiada el concepto del alemán Friedrich Ratzel.

La geopolítica como marca y fatalidad de Rusia

Existe una tendencia relativa con asociar la “desgracia” o “fatalidad” de este país con la violencia. En su obra *Le malheur russe. Essai sur le meurtre politique*, la autora francesa Hélène Carrère d'Encausse (1988) considera que casi desde sus mismos inicios la historia de ese país bien puede ser explicada desde el asesinato político; desde el mismo crimen e intimidación ejercido por el poder y más tarde por actores no pertenecientes al poder, es decir, como lo afirma la autora, “asesinato desde arriba y asesinato desde abajo”.

También existe una tendencia a asociar la “fatalidad” de Rusia con la geografía, es decir, no con la influencia del medio geográfico sobre el carácter de la población, que sin duda es fuerte y un forjador de disciplina, sino con cierta confusión o complejo en relación con la pertenencia que implica un espacio tan vasto: si observamos el mapa de Rusia, constatamos rápidamente que la mayor parte de su territorio se encuentra en Asia; sin embargo, la inclinación de sus gobernantes y de su segmento de inteligencia ha sido hacia Occidente. De hecho, nacida en el siglo XVIII, la fuerza del occidentalismo en Rusia se ha mantenido hasta hoy, si bien en los años inmediatos a la caída de la Unión Soviética ésta se desmarcó de la concepción tradicional.

Aunque estas hipótesis no dejan de ser interesantes, más allá de la fatalidad destacada, acaso la otra o la verdadera “desgracia” o “desdicha” rusa que nos permite explicar la historia de este país es la geopolítica y sus consecuencias, es decir, la percepción de debilidad que para los rusos implica su territorio, aunque su tamaño, un “país-continente” y más también, haga pensar todo lo contrario.

Más aún, la geopolítica como factor de continuidad presenta la ventaja de poder explicar Rusia hasta la fecha. Porque la tesis de Carrère d'Encausse nos explicaría el curso de Rusia hasta la desaparición de Stalin, es decir, hasta el fin de la característica totalitaria del régimen soviético. En cuanto a la hipótesis geográfica, es discutible la verdadera orientación

rusa, puesto que siempre han estado presentes las corrientes eurasiánicas y neo-urasiánicas. Pero la geopolítica o el factor geopolítico nos explica Rusia siempre; nos explica Rusia bajo todas sus instancias políticas: durante el tiempo de los zares, durante el ciclo del “Partido” (no del “soviético”, como equivocadamente denominan a veces al centro donde residió el poder soviético desde 1917) y, finalmente, durante la Federación Rusa, es decir, de Yeltsin a Putin.

Por ello, precisamente por la geopolítica o por el “factor geopolítico”, para Rusia el mundo siempre fue un lugar riesgoso, puesto que, más que un factor de fortaleza, su dilatado espacio nacional fue un factor de vulnerabilidad, producto de las ambiciones respecto de su *hinterland* por parte de múltiples poderes externos terrestres y marítimos cercanos pero también distantes; ello sin considerar las fuerzas separadoras internas que tradicionalmente desafiaron la integridad territorial.

En un reciente y pertinente trabajo, *La venganza de la geografía*, el estadounidense Robert Kaplan (Kaplan, 2015: 204) nos recuerda que la inseguridad es el sentimiento ruso por excelencia; y esa inseguridad está relacionada con lo que aparenta ser un activo mayor del poder nacional de Rusia: el territorio.

Las concepciones geopolíticas tradicionales consideran que los poderes preeminentes continentales que no cuentan con grandes espacios marítimos u oceánicos como amparo frente a otros poderes desarrollan una fuerte percepción de inseguridad. En este sentido, a diferencia del espacio territorial de Estados Unidos, amparado en la seguridad que siempre le proporcionaron los océanos, el espacio netamente terrestre de Rusia, es decir, sin mares que lo preserven, siempre implicó para este país una debilidad que afectó su condición de inexpugnable derivada de la profundidad territorial.

El almirante Alfred T. Mahan fue uno de los geopolíticos estadounidenses que supo advertir como nadie esta situación geopolítica rusa que combinaba al mismo tiempo fortaleza y debilidad. En efecto, Rusia era un poderío terrestre sin igual, pero se encontraba rodeado por poderes marítimos: Inglaterra, Japón, Estados Unidos, etc., que no solamente podían contener sus pulsos expansionistas, sino adentrarse desde sus vulnerables periferias (como de hecho ocurrió tras la Revolución Soviética, cuando aún no se había desarrollado su penetrante y casi decisivo poder aéreo).

Desde esta singularidad geopolítica casi maldita de “poder ser atacada desde todos lados”, según la observación de un geopolítico británico, Rusia

históricamente sólo conservó dos opciones: defenderse o ser conquistada, opciones que, siguiendo al célebre experto estadounidense del poder naval, obligaron a los zares a asumir una permanente posición defensiva que no implicaba una actitud estática frente al invasor, sino el despliegue y adelantamiento preventivo a fin de preservar la supervivencia del Estado.

En buena medida por ello, como se adelantó antes, el sentimiento de inseguridad de Rusia ha llevado a historiadores a concluir que no habría sido tanto la lateralidad del país en relación a los acontecimientos europeos mayores que supusieron una evolución hacia la modernización lo que “retrasó” a Rusia, sino el anclaje a una inalterable condición geopolítica que mantuvo a sus dirigencias en un estado de permanente consagración a la preservación de su territorio.

La regularidad de la constante geopolítica en Rusia resulta notable; por ello, tal vez Rusia sea el “núcleo geopolítico de la historia”. Para este país, el siglo XX se inició, transcurrió y finalizó con hechos de naturaleza geopolítica que implicaron su propia supervivencia y su misma continuidad como entidades políticas: la derrota frente a Japón fue consecuencia del intento de Rusia por afirmar esferas de influencia. En 1941, la URSS se enfrentó a una situación de supervivencia nacional producto de una ambición geopolítica enorme, acaso “la ambición geopolítica del siglo”. Finalmente, la URSS se derrumbó, en parte, debido a la cuestión relativa con la “sobre-extensión imperial”, una causa clásica en materia de agotamiento de imperios. E incluso si tratamos de no guiarnos por la rigurosidad temporal secular, acaso las catástrofes o tumultos geopolíticos en Rusia se iniciaron a mediados del siglo XIX, cuando Rusia, la primera potencia terrestre de Europa desde 1812, que derrotó a la poderosa fuerza de Napoleón, encontró en Crimea un contundente impedimento a su proyección en dirección al Mediterráneo. Esa necesidad, de cuño geopolítico, reaparece hoy.

El amparo territorial: un apremio de ayer, de hoy y de siempre

Si bien se tiende a asociar a Rusia con el expansionismo físico, su característica primaria ha sido y continúa siendo el asedio exterior seguido del amparo territorial. Seguidamente a estos “sitios comunes geopolíticos” vienen las otras características de la relación política de Rusia con el territorio: la conquista, la recuperación o la reparación.

En esta secuencia, 1812 (para tomar el momento en que Rusia se erige en preeminencia terrestre euroasiática) no fue el primer desafío que afrontó Rusia en relación con la preservación o defensa de su territorio. Sin duda se trató del más extraordinario en cuanto a cantidad de efectivos y recursos que movilizó la fuerza expedicionaria con el fin de someter a la Rusia del zar Alejandro I; asimismo, la aptitud en relación con el liderazgo que estaba al frente de dicha fuerza también implicó un desafío sin precedente.

Mucho antes de esta gesta de defensa del territorio, Rusia afrontó situaciones político-territoriales que cimentaron su condición futura de preeminencia terrestre. Acaso si hay que registrar marcas, las invasiones que tuvieron lugar sobre el protohistórico núcleo territorial de Rusia, primero provenientes de Asia central y luego del noroeste, fueron los movimientos que provocaron la reacción rusa y, sobre todo, la superación de la fragmentación de Rusia en principados, hecho que tuvo por resultado el nacimiento de Rusia en el siglo XV, tras la incorporación del gran centro de Nóvgorod al gran principado de Moscú por parte de Iván III (Bushkovicht, 2012: 55).

De modo que Rusia nació a partir de hechos categóricamente geopolíticos, es decir, frente al avance y establecimiento de las tribus de mongoles en la zona de Sarai (en el Volga), de los suecos en el oeste y de las denominadas órdenes monásticas de guerreros célibes desde el Báltico, y tras décadas de sometimiento o vasallaje (sobre todo impositivo), Rusia pasó a defenderse y afirmarse territorialmente en ambos espacios, para posteriormente conquistar y expandirse con el fin de enfrentar nuevos retos. De manera que la expansión (sobre todo en el sur) obedeció a una necesidad primaria de prevención geopolítica, es decir, un movimiento territorial con el propósito de “sellar” rutas de posibles nuevas invasiones (Stratfor, 2007).

Posteriormente, en el siglo XVI, Iván el Terrible aseguró la frontera en el sur-este. “La conquista del Volga, fundamentalmente una respuesta a la situación local de la frontera con Kazán, colocó a Rusia en una nueva posición. Por primera vez en la historia, su dominio del Volga cortó el acceso de la parte occidental de la estepa euroasiática a su parte principal en el este. Los pueblos nómades siguieron cruzando el Volga en ambas direcciones hasta el siglo XVIII, pero controlados por Rusia” (Bushkovicht, 2012: p. 67). Hacia fines del siglo XVI y durante las primeras décadas del siglo XVII, Rusia se extendería más allá de los Urales, hasta el océano Pacífico.

A partir de entonces y hasta mediados del siglo XIX, los acontecimientos de cuño geopolítico, que básicamente implicaron acciones defensivas-con-

traofensivas por parte de sus mandatarios, fueron los que mayormente convirtieron a Rusia en una de las cinco o seis potencias del mundo que mantuvieron dicho status hasta el siglo XX.

Si bien con Catalina la Grande Rusia reafirmó la capacidad de deferencia interestatal, sobre todo después de la Guerra de los Siete Años, fue antes, bajo el reinado de Pedro el Grande, cuando Rusia, a su condición de poder terrestre, sumó la condición de potencia del Báltico tras derrotar en 1709 a la poderosa Suecia de Carlos XII en la batalla de Poltava, la más importante de la Gran Guerra del Norte. A partir de este acontecimiento militar y geopolítico de escala, se hizo posible la aspiración rusa de establecer una presencia en los mares de Europa. El historiador británico Geoffrey Hosking es por demás claro en relación con este logro de Pedro y otros que se concretaron a lo largo de un siglo estratégico para Rusia: “El principal obstáculo geoestratégico para convertirse en una gran potencia era su falta de salidas al mar. A pesar de su gran tamaño, sólo podía realizar comercio marítimo con Europa a través del Golfo de Finlandia y del mar Blanco, los cuales solían congelarse durante el invierno. Después de haber conquistado las antiguas provincias bálticas de Suecia, Rusia desmembró la Mancomunidad de Polonia-Lituania y anexionó su capital, Varsovia, mediante acuerdos diplomáticos con Austria y Prusia” (Hosking, 2014: 76).

En otros términos, más allá de conquistar y afianzar nuevos lindes territoriales para Rusia, tras notables éxitos militares y diplomáticos los mandatarios rusos del siglo XVIII elevaron al país a la condición de actor preeminente. Si hubiera que destacar un acontecimiento central de poder que destaca la afirmación del país como actor de rango estratégico antes del ingreso de Rusia en una nueva centuria, ése fue la alianza militar defensiva de 1764 con Prusia, diseñado por el diplomático ruso Nikita Panin. En términos geopolíticos, dicho tratado inició un largo ciclo de aproximación con la otra gran potencia del Báltico, Prusia (Fernández Pardo, Hutschenreuter, 2016: 214).

Catástrofes geopolíticas de Rusia después de 1812

Tiempo después de la derrota de Napoleón en Rusia, la potencia euroasiática no sólo no logró ganancias geopolíticas significativas, sino que aun logrando victorias militares no logró rentabilizarlas territorialmente, como sucedió en la segunda mitad del siglo XIX tras derrotar a Turquía.

Podemos decir que tras el primer cuarto del siglo XX y prácticamente hasta 1941, Rusia sufrió descensos y humillaciones militares, diplomáticas y geopolíticas. Fue sin duda Crimea, a mediados del siglo XIX, la que inició un período de tumultos geopolíticos que, en efecto, se extendieron hasta el desenlace de la Gran Guerra Patriótica en 1945.

La guerra de Crimea implicó una situación de freno y humillación para Rusia, cuyas ambiciones de proyectarse hacia el Mediterráneo y convertir al decadente imperio turco en una suerte de “protectorado” de Moscú, se vieron frustradas por la reacción de las potencias europeas mayores. “Durante esa guerra, Gran Bretaña hizo todo lo posible por destruir la flota rusa del Mar Negro y segregar el Cáucaso, Finlandia, las provincias bálticas y Polonia de Rusia, y así obstaculizar los objetivos imperiales del zar. Tales eran las exageradas esperanzas y miedos que provocaba la posición de Rusia en Europa” (Hosking: 93).

En este largo período de descenso geopolítico de Rusia, en el que hubo una catástrofe militar ante Japón en 1905, las consecuencias geopolíticas de la toma del poder por parte de los bolcheviques en 1917 implicaron que “la nueva Rusia” quedara privada de un cuarto de su población y de territorios estratégicos. Ello fue el resultado del *diktat* que significó para Rusia la Paz de Brest Litovsk (1918) ante Alemania, su vencedora.

Pero, más allá de Brest Litovsk, la Rusia revolucionaria debió hacer frente a los ejércitos blancos, que desde todas las direcciones penetraron en el país con el fin de poner fin al nuevo régimen.

En 1941, Rusia volvió a enfrentar un reto externo. Acaso se trató de la “ambición geopolítica del siglo”, pues el propósito de las fuerzas invasoras era convertir a Rusia “en un lejano país del Asia” y hacer viable el proyecto de la Alemania nazi, es decir, asegurar el imperio y la dominación asegurándose los recursos de la URSS.

La OTAN, Ucrania y las líneas geopolíticas rojas de Rusia

Las tendencias esperanzadoras que siguieron al fin de la Guerra Fría, habituales siempre que fenece una era de tensión, despreciaron y depreciaron la geopolítica, precisamente por considerarla fuente de rivalidades y confrontaciones. Sin embargo, la vigencia y contundencia de la disciplina se pudo apreciar a través de los principales hechos con que despuntó el

siglo XXI: la ampliación de la OTAN, el alcance global del accionar del terrorismo transnacional, el asentamiento de Estados Unidos en el crucial espacio que se extiende desde la península arábiga al Asia Central, impulso de doctrinas nacionales aeroespaciales con fuerte sentido de autoayuda, agrupaciones terroristas con fines relativos con la creación de entidades político-territoriales-confesionales, etc.

La crisis que atraviesa Ucrania desde hace cuatro años es de carácter local, regional e incluso global. En efecto, si bien su núcleo ocurre en el país centroeuropeo, también se derrama sobre las adyacencias, y, como consecuencia de encontrarse involucrados en ella dos actores mayores del orden interestatal, Estados Unidos y Rusia, también tiene dimensión global.

Ahora bien, nos apartaremos un poco de los enfoques convencionales sobre la crisis, es decir, los que tienden a centrar su responsabilidad en los instintos expansivos zaro-soviéticos de Rusia o en la naturaleza “iliberall” del régimen político ruso. Podemos encarar la crisis considerando que convergen en ella dos situaciones: por un lado, tenemos una situación anómala en las relaciones internacionales, la continuidad de una organización política-militar, la OTAN; por otro, lo que podemos denominar una “regularidad” en la política nacional-territorial de Rusia, esto es, el peligro que percibe el país frente a amenazas que, una vez más, se acercan a sus líneas geopolíticas rojas, es decir, a su necesidad de amparar sus intereses nacionales vitales.

Respecto de la anormalidad que implica la existencia de la OTAN, consideremos que no existen precedentes en la disciplina sobre formaciones o alianzas interestatales con fines político-militares que se mantuvieran con vida una vez que dejara de existir la situación o amenaza internacional para la que fueron creadas.

Por supuesto que existen algunos casos en la historia, por ejemplo, la Santa Alianza a partir de 1815 o, más cerca en el tiempo, la Liga de los Tres Emperadores de 1873 o el sistema francés de alianzas entre 1935 y 1939. Pero son casos vagos y no alcanzan para considerar analogías.

La explicación de la continuidad de la OTAN más allá del final de la situación internacional para la que fue creada –el reto soviético– debe ser considerada desde lo que sí nos puede ofrecer experiencia: el “derecho de victoria” tras una contienda y despliegue de políticas de poder destinadas a evitar el resurgimiento de un actor (o actores) eventualmente desafiante.

Respecto del “derecho de victoria”, el triunfo en la Guerra Fría correspon-

dió a Occidente, sin duda alguna. La aclaración es pertinente porque, como bien ha destacado la ya citada experta francesa, Gorbachov y (sobre todo) Yeltsin y su ministro de Exteriores Andrei Kozyrev habían creído que la contienda bipolar “la ganaron Occidente y Rusia porque ambos derrotaron al comunismo soviético” (Carrère d’Encausse, 1992). Es una visión original y emocional, pero carente de todo sentido realista en las relaciones entre Estados.

Pero tanto o más importante, sobre todo si queremos indagar sobre la “precuela” de la crisis en Ucrania, es decir, los orígenes de la crisis, es el despliegue de políticas de poder por parte de Occidente desde el mismo final del conflicto bipolar con el fin no de mantener a Rusia fuera de Europa, sino para fijarla a una condición de lateralidad e inferioridad en el sistema estratégico global, y de vulnerabilidad en el sistema regional e incluso local o nacional.

Una de las principales políticas de poder directamente vinculadas con este fin ha sido (y es) la ampliación de la OTAN; y, en gran medida, la crisis en Ucrania es la última expresión de dicha política de poder.

Esta política no sólo es percibida así en Rusia, sino que, como se sostuvo antes, autorizados autores occidentales como John Mearsheimer, insospechados de falta de realismo, han advertido sobre las consecuencias de dirigirse más allá de lo geopolíticamente recomendable en relación con la ampliación de la OTAN.

Es que desde la perspectiva realista en relaciones internacionales (o acaso más apropiadamente interestatales), la ampliación indefinida de la Alianza Atlántica ha significado aproximarse a las líneas rojas de Rusia, y, una vez más, este país ha vuelto a sentir que el mundo es un lugar peligroso para ella. Por ello, un funcionario conocedor de la experiencia y del realismo habría desaconsejado sin mayores dilaciones la práctica de toda política de poder sin restricciones por parte de Occidente.

La geopolítica condiciona a Rusia pero más condiciona a Ucrania

Desde la lógica de intereses políticos volcados sobre espacios geográficos, es posible dividir el mundo en espacios geopolíticos y espacios anti-geopolíticos; es decir, espacios (Estados y no Estados) que por su importancia son relevantes, y espacios menos selectos o directamente irrelevantes.

Generalmente, los primeros son concentradores de recursos estratégicos y, por lo tanto, siempre pasibles de sufrir injerencias por parte de actores preeminentes, es decir, de actores con capacidad de proyectar poder sobre ellos a fin de amparar el acceso a fuentes o activos estratégicos, o bien para preservar un aliado valioso.

Pero también son espacios geopolíticos aquellos espacios que, independientemente de concentrar o no activos estratégicos, son adyacentes a un actor mayor; por lo tanto, dichos espacios (en este caso Estados) están constreñidos a practicar una política prudente y deferente frente a la “sensibilidad geopolítica” de este último. En ello radica su condición de espacios pivotes: no tanto en sus “capacidades” para desbordar en derredor sus eventuales crisis internas, peculiaridad de un “Estado-pivote”, sino en la “admisión de restricciones” por configurar un “espacio de intermediación”.

La intermediación siempre condiciona, incluso cuando el actor preeminente sufre un impacto geopolítico de escala: el desplome de la Unión Soviética implicó un profundo impacto, y el surgimiento e independencia de todas aquellas repúblicas que componían esa suerte de país-continente que era el espacio soviético fue visto como un acontecimiento promisorio. Sin embargo, lo que en principio pareció un “ascenso geopolítico” para los nuevos actores, pronto se reveló como una “nueva dificultad”, por el hecho de seguir siendo vecinos del “Estado continuador” de la Unión Soviética: la Federación Rusa.

La geopolítica condiciona a Rusia por ser un país sin amparos o accidentes geográficos y con fronteras que limitan con numerosos actores, situación que le exige pensar y practicar la geopolítica únicamente desde consideraciones que salvaguarden sus intereses e integridad. Pero Ucrania también está condicionada por la geopolítica, ya que se halla en una zona o cinturón de fragmentación, es decir, una zona de intereses de un actor mayor, situación que le exige pensar y practicar una geopolítica basada en la deferencia, no en el desafío a dicho actor.

En este sentido, mientras el “pluralismo geopolítico” para Rusia no podrá ser otro que la defensa de sus líneas geopolíticas rojas, pues de lo contrario se crearían una vez más las condiciones para futuras penetraciones por parte de poderes mayormente marítimos, el “pluralismo geopolítico” para Ucrania deberá fundarse necesariamente en un modelo que implique una política pragmática tanto con el Oeste como con el Este: acaso el modelo geopolítico que sostiene Finlandia podría ser un espejo geopolítico en el

que el país de Europa del este deba mirarse en busca de perspectivas que aseguren su estabilidad e integridad, y no en desafíos que la arrastren hacia escenarios del que surjan “otras Crimeas”.

Conclusiones

No hay otra singularidad en Rusia que la geopolítica, es decir, el amparo del territorio ha sido la marca protohistórica de este país, y ello ha obedecido en gran medida a una percepción de debilidad antes que de fortaleza. Para evitar ser asediado y fragmentado, Rusia se vio constreñida a defenderse y conquistar con el fin de “sellar” zonas de ingreso, tanto en su flanco sudeste como en su flanco noroccidental.

Los momentos de defensa y conquista o expansión se iniciaron antes del reinado de Iván el Terrible, en el siglo XVI, que fue quien afirmó a Rusia en el sudeste, y a partir de allí comenzó la larga marcha hacia el este hasta llegar al Océano Pacífico. Ello no significó que Rusia dejara de afrontar asedios y hasta la misma ocupación extranjera, como sucedió ante Polonia en su momento. Pero las etapas de mayor afirmación geopolítica han sido en tiempos de Pedro el Grande, Alejandro I y Stalin. Desde 1945, la Unión Soviética no volvió a sufrir otra situación de asedio.

El desenlace de la Guerra Fría implicó la puesta en marcha de políticas de ganancias de poder. La ampliación de la OTAN a los países eurocentrales y del este de Europa fue la más sensible de ellas, y la que más removió el sentido de peligro territorial para Rusia.

La ampliación de la OTAN ha trastornado las “leyes geopolíticas”, es decir, se ha movido más allá de lo recomendable. Posiblemente, con la inclusión de los “OTAN-maniacos” (Polonia, República Checa y Hungría) su continuidad habría estado justificada, pero la Alianza continuó hasta las mismas líneas geopolíticas rojas de Rusia, algo que cualquier conocedor de la política de poder y, por tanto, del equilibrio de poder habría desaconsejado.

Por ello, demandar pluralismo geopolítico a Rusia, es decir, que se comporte como un actor que respete y hasta sea indiferente a los acontecimientos que tienen lugar en sus adyacencias, o que se convierta en un “país normal” sin mirar el pasado, como sugiere Stephen Kotkin (2016), es considerar que Rusia, una vez más, abandone el amparo y promoción de su interés nacional y confíe en las “buenas intenciones geopolíticas de otros

actores preeminentes". Ningún país poderoso o de menor talla estratégica haría algo así, a menos que base su geopolítica en los deseos y emotividades y no en la experiencia y la realidad, algo que ha sucedido ya en aquella "curiosa Rusia" de la primera parte de la década de 1990, con resultados geopolíticos catastróficos para ella.

Si Rusia llegar a comportarse como "un país normal", Putin u otro dirigente de Rusia podría correr la misma suerte de Gorbachov: ser el responsable del fin de un país. Claro que, a diferencia del último mandatario de la URSS, Putin u otro no sería responsable de la desaparición de Rusia –pues Rusia no desaparecería– pero sí se volvería un actor débil, lateral y explotado, como aquel en que pretendía convertirlo Alemania cuando decidió marchar hacia su interior el 22 de junio de 1941.

Bibliografía

Aron, L. (1998) *The Foreign Policy Doctrine of Postcommunist Russia and its Domestic Context*. Mandelbaum M. (editor) *The New Russian Foreign Policy*. A Council on Foreign Relations Book: New York.

Bushkovicht, P. (2012) *Historia de Rusia*, Madrid: Ediciones Akal.

Carrère d'Encausse, H. (1988) *Le malheur russe. Essai sur le meurtre politique*. París: Fayard.

Carrère d'Encausse; H. (1992) *Victorieuse Russie*. París: Fayard.

Fernandez Pardo, C., Hutschenreuter, A. (2016) *El robo y la estepa. Alemania y Rusia desde el siglo XIX hasta hoy*. Buenos Aires: Almaluz.

Hosking, G. (2014) *Una muy breve historia de Rusia*. Madrid: Alianza Editorial.

Hutschenreuter, A. (2012) *La política exterior rusa después de la Guerra Fría. Humillación y reparación*. Buenos Aires: Areté.

Kaplan, R. (2013) *La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*. Barcelona: RBA Libros.

Kissinger, H. (2016) *Orden Mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, SAU.

Kotkin, S. (2016) "Russia's Perpetual Geopolitics. Putin Returns to the Historical Pattern". *Foreign Affairs*, May/June, Vol. 95, nro. 3, 2-9.

[URL:<https://www.foreignaffairs.com/articles/ukraine/2016-04-18/russias-perpetual-geopolitics>].

Laruelle, M. (2015) "The Russian World. Russia's Soft Power and Geopolitical Imagination". Washington, DC: *Center on Global Interest*, 1-29.

Poch-de-Feliu, R. (2003) *La gran transición. Rusia, 1985-2002*. Barcelona: Memoria Crítica.

Stratfor (Apr 15, 2012) "The Geopolitics of Russia. Permanent Struggle" [URL: <https://worldview.stratfor.com/article/geopolitics-russia-permanent-struggle>].

Ulam, A B. (1985) *La Unión Soviética en la política mundial 1970-1982*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano Colección Temas.